

tantes de dilacion. Mira si viene Samuel; no parece. Avívanse en su corazon las congojas. Mira si llega el Sacerdote; no viene. Determinase en fin, y ofrece el mismo Saúl por su mano el sacrificio. Él que acababa y Samuel que llega.—Oh que te estaba esperando, y como ví que no acababas de venir, ahora, ahora, acabo ya de ofrecer el sacrificio.—¿Qué has hecho, desventurado de tí? *Stulte cogisti*: ¿pues no me hubieras aguardado? ¿no te dije que siete días? ¿Se han pasado?—No.—Pues sábete: (atiendan á esta condicional espantosa.) *Si non fecisses, iam nunc preparasset Dominus Regnum tuum super Israël in sempiternum, sed nequam Regnum tuum ultra consurget.* (1. Reg. 13. v. 13.) Si no hubieras hecho esto, si en esto no hubieras desobedecido á Dios, sábete que desde hoy te perpetuára Dios en la Corona y en el Reino; pero ya porque en esto has desobedecido, te quitará Dios el Reino y perderás la Corona.—¿Espantosa sentencia!—¿Por esto? ¿Por una cosa que parece tan ligera? ¿Por una sola desobediencia?—No solamente por esto, sino por lo que de esto se vá luego siguiendo, que fué poco perder Saúl el Reino, sino perder su salvacion.—¿Y qué es lo que se sigue?—Mírenlo: señalale Dios por sucesor en la Corona á David, y he aquí la envidia en Saúl, porque, disponiendo Dios suavemente que venga David á la Corte, venció éste al gigante. Saúl envidioso lo empieza á mirar con malos ojos, le procura la muerte, lo persigue por montes y selvas. ¡Oh, qué de pecados! ¿Y pára en esos? No: sabe que algunos sacerdotes le han dado acogida en la Ciudad de Nobe, déjase llevar de la rabia y hace pasar á cuchillo ochenta y cinco sacerdotes. ¡Oh como vá creciendo la ruina! Hace matar á todos los

habitantes de Nobe, sin perdonar á viejos, mugeres y niños: hace poner fuego á sus casas hasta dejarlo todo en cenizas. ¡Oh, cómo se vá aumentando el precipicio, que no cesa de uno en otro delito! Preséntanle batalla los Filisteos: vese apretado, y él á sí mismo se quita la vida con su propia espada, y pierde de una vez el Reino, la corona y la salvacion. En esto vino á parar aquella que parecía tan ligera desobediencia. ¡Oh, qué espantosas palabras del Crisóstomo: *Deum Samueli non obtemperavit, paulatim atque paulatim labens non stetit, quosque ad ipsum perditionis barathrum se ipsum immisit.* (D. Cris. hom. 87. in Matth.) Déjenmelo explicar con este simil: Por el alto copete de una elevada montaña de los Defrinos, refiere Olano Magno, (Ap. Corn. in Eccles. c. 19. v. 1.) que pasando de vuelo un pajarillo, desquició de la punta un pequeño grumo de nieve: empezó éste mansamente á deslizarse, y á cada vuelta que daba, iba aumentando el caudal de la nieve en que se revolvía; y á poco trecho, no cesando en sus vueltas, era un grande globo: proseguía, y creciendo á ese paso ya un peñasco formidable, cuanto mas creciendo mas cogía, y cuanto mas pesado mas se precipitaba, hasta que ya hecho todo un monte de nieve, haciéndose camino por el estruendoso estrago de toda la arboleda, vino á oprimir todo un pueblo que estaba á la falda. ¿Quién tal pensara que para tanto estrago bastára el delicado pié de un pajarillo? ¿Diremos que aquel lo hizo todo? Sí, y nó. Sí, porque aquel fué el principio de donde se siguió tanta ruina: y nó, porque no fué el que por sí bastára.

Oh, quién al estar allí Saúl ya para hacer el sacrificio y desobedecer á Dios, llegára y le digera: Detente Rey, mira lo que haces: detente, porque

de esta accion que vás á hacer, pende el que pierdas para siempre la Corona, el que no goces el Reino, y el que no consigas la salvacion: *Si non fecisses, si non fecisses.*—Anda, quita, respondiera quizá, ¿pues por una cosa de tan poca importancia, por una desobediencia tan mínima, se había de seguir tanto? Anda, que esas son ponderaciones de escrupulosos y vanos encarecimientos. No puede ser, no puede ser.—Pues en verdad que ya vemos que así fué.

Ahora, pues, católicos, deduzcamos de tan espantoso suceso lo que mira hácia nuestro particular provecho, y exclamemos temblando, con San Gregorio el Grande: *En quam magna perdit, qui ut putabat nulla contempsit.* ¿Por tan poco perdido tanto? ¿Por una desobediencia á la voz de Dios perdido un Reino? ¿y en un instante de tiempo malograda toda una eternidad? ¿Qué esto? Que en aquel punto quiso Dios probar á Saúl, si le habia de ser fiel en lo venidero: que en aquel punto lo halló infiel; y que desde aquel punto no quiso darle los auxilios mas eficaces, que le tenia prevenidos, si allí le hubiera obedecido. Es dueño, es Señor absoluto: ¿quién le puede pedir la razon de esto? *Quis ei dicere potest, cur ita facis?*

Esto es, oyentes míos, el punto terrible de que pende la eternidad. Algunos piensan que ese momento es solo aquel último de la muerte, y por eso malogran tantos en el espacio de la vida. Pues no es así, que el momento de que pende la eternidad, á algunos se lo tiene puesto Dios en la niñez, á otros en la edad varonil, y á otros en la vejez. Con cada uno de nosotros ha hecho y está haciendo Dios lo que allí hizo con Saúl. Está su Magestad diciéndolo allá en su soberano entendimiento: Yo le inspi-

raré á aquel amancebado de tantos años, á aquella muger perdida, que vaya á oír tal sermón: si á esa inspiracion movido fuere, yo le moveré el corazon de modo que se resuelva á dejar la amistad torpe: dejada esta, le haré fácil el que frecuente los Sacramentos: con esa frecuencia irá poco á poco arrancando los malos hábitos de su alma, y plantando en ella virtudes: y aplicándose así á vivir bien, le asistiré con mas especiales, mas repetidos auxilios, con que morirá en gracia, y logrará su salvacion con ventajas. Todo eso se irá siguiendo si oyere esta primera inspiracion; pero si no la oye, ni vá al sermón, proseguirá en su amistad torpe, se irá enredando mas cada dia, con que le parecerá imposible el dejarla; yo retiraré mis auxilios, él se endurecerá de modo que ni atienda á los mayores golpes, hasta que cargado de culpas, en ellas le cogerá la muerte y se condenará sin remedio. Yo, dice Dios, le inspiraré á aquel mancebo que vive tan olvidado de mí, fiado en su mocedad, que se confiese en tal dia festivo: si oyendo esta inspiracion se confesare, yo le daré ternura y compuncion de corazon para que muy deveras se arrepienta, para que se aparte de las malas compañías que le inquietan, para que se retire del juego que lo pierde, para que huya de las cosas que lo precipitan: yo le iré haciendo dulce el retiro, suaves los ejercicios de piedad; le dispondré luego aquel estado en que viva quieto, pase seguro y muera en gracia. Todo eso haré si me atiende á esta inspiracion de confesarse; pero si no la oye, alzaré yo de mano á todo lo que le tengo prevenido: el proseguirá ciego en sus amistades, perderá lo que tiene en el juego: faltándole se hará ladron oculto en la Ciudad, ó declarado en la campaña: cuando él menos lo pien-

se, ó allí morirá de un balazo, ó aquí con muerte repentina.

¡Oh, Dios! Estas son verdades certísimas, indubitables, al paso que terribles. Acá solo vemos algunas caídas que bastan para llenarnos de horror; mas no podemos ver las causas; pero si ahora no las vemos, porque tiene Dios echado el velo á sus inescrutables secretos, el día del juicio las veremos cuando, corriéndonos Dios la cortina, nos mostrará á los unos los caminos por donde quiso salvarnos, y á los otros los precipicios por donde ellos quisieron condenarse: *Vias vitae, et vias mortis*, que llama Jeremías. (12. v. 3.) ¡Oh Dios! entonces cuál quedarán los justos al ver por todos los pasos de su vida, los peligros en que se vieron al filo de una eterna ruina. Algo explicará este suceso:

Un rústico salió de su choza una tarde á hacer leña en un monte cercano: (Fr. Bart. de Medina) pasaba por en medio un río que él pasó por una puente; estando ya en el monte cayó un poderoso aguacero; y tal, que llenándose aquel río con poderosa avenida, se llevó la mayor parte de la puente, no dejando en ella sino una sola viga: llegó en esto la noche, y el rústico, cargando de su leña á su jumentillo, volviase llevándolo por delante hácia su choza: llegó al río, seguro de que en él había puente; nada veía con las tinieblas de la noche, y entrándose el jumentillo por la viga, él fué en su seguimiento pasando. ¡Ah hombre, si vieras por dónde vást! Pasó en fin, llegó á su choza; pero la admiracion no acaba de creerlo, viéndolo.—¿Por dónde pasaste?—Por la puente.—No puede ser, que se la ha llevado el río.—¿Pues cómo pasé yo? Remite la porfía á ir todos á verlo. Encienden

teas, ván al río, descubren la viga.—¿Ves aquí por dónde pasaste?—Tanto asombro le causó y tal horror, que de solo pensar su peligro, allí quedó muerto. Ya, ¿pues cuál será para el justo en el día del juicio, el pasmo y la admiracion, volviendo á ver por el espacio de su vida los peligros en que estuvo al filo de caer en el infierno?—¡Ah! dirá entonces: si malogro yo en aquel día aquella inspiracion; si pongo mal el pié, ¿dónde estuviera yo? Si desprecio aquel impulso que allí me dió el corazon, miren lo que se hubiera seguido. ¡Oh, buen Dios, cuán poco faltó en tal ocasion para que yo, en vez de entrar por el camino del Cielo, hubiera echado por el del infierno! ¡Qué fuera de mí, si tú no me hubieras traído tan por la mano! *Nisi quia Dominus adjuvit me paulominus habitasset in inferno anima mea.* (Ps. 93. v. 17.) ¿Qué de aquella resolucion con que yo me determiné en tal día á dejar aquella recreacion peligrosa, me ha provenido toda esta eterna dicha? ¿Y qué, si yo entonces no hubiera así determinado? *Habitasset in inferno anima mea.* Ahora estuviera en el infierno.—Por el contrario, cómo bramarán los condenados al descubrir entonces, por cuán poco les sucedió el perder el camino derecho del Cielo: *Viam civitatis habitaculi non invenerunt.* (Ps. 106. v. 4.)—Ah, si yo, como me dictaba el corazon, hubiera dejado aquella amistad. Ah, si yo, como me movia la conciencia, hubiera restituido aquella hacienda.—Ah, si yo hubiera dejado aquella comedia, aquel paseo, cuando en tal día tuve tantos impulsos de dejarlo. Entonces fué cuando perdí tanto. ¡Ah, quién entonces lo hubiera sabido! Y ya no hay remedio. ¡Miserable de mí! que me pareció que era nada lo que despreciaba, y ahora veo que és infinito lo que per-

di: *Quam magna dimisi, qui ut putabam nulla contempsi.*

—De aquí se sigue, Padre, me dirán, que si de lograr una sola inspiracion puede estar pendiente nuestra salvacion eterna, y no sabemos cuándo, ni cómo, ni cuál será esa inspiracion, se sigue que siempre será menester estar en una atencion continúa á los llamamientos de Dios, y no malograr ocasion alguna, porque no sabemos cuál sea aquella de que pende nuestra eterna dicha.—Consecuencia es esta que al punto, al punto os la concedo toda: que cómo puedo yo negar verdad que asientan las Divinas Escrituras: *Fratres*, nos dice mi Padre San Pedro, *magis satagite, ut per bona opera certam vestram vocationem, et electionem faciatis: hæc enim facientes, non peccabitis aliquando.* (*Epist. 2. Petr. 1.*) Hermanos míos, en materia tan del todo grave no hay cuidado que sobre, andad siempre solícitos, atentos siempre para asegurar vuestra vocacion y vuestra eleccion; ni os contenteis con cualquier cuidado, sino con andar siempre mas y mas cuidadosos: *Magis satagite.*—¡Oh, me dirán, que vemos muchos que ni tienen esta solitud ni cuidado, que de nada hacen caso, que viven muy divertidos y pasan muy contentos.—¡Oh, mil veces desventurados! Yo no os niego eso; pero por eso son muchos los que se condenan.—¡Oh! que son muy raros los que vemos que atentos á las inspiraciones de Dios, á sus llamamientos y avisos, viven con esas delicadas atenciones.—¡Oh mil veces dichosos! yo os concedo que son pocos, pero por eso son tan pocos los que se salvan.

Charissimi mei, nos vocea San Pablo, *cum metu, et tremore vestram salutem operamini.* (*ad Phil. 2. v. 13.*) Amadísimos míos, obrad en vuestra salud

con temor y temblor; dá la razon el Apóstol: *Deus est enim, qui operatur in vobis velle, et perficere.* Porque es Dios el que en vosotros obra, así los primeros principios del querer, como los dichosos fines del acabar.—¿Y por esto habemos de andar siempre con miedo? ¿temblando siempre? Antes parece que era esto el motivo mas fuerte para una confianza tan del todo segura, que jamas se nos asomára el miedo; porque si es Dios quien lo ha de hacer, ¿qué mayor seguridad?—¡Ah, oyentes míos! Reparad en lo que el Apóstol dice: Dice que lo ha de hacer Dios; pero que lo ha de hacer en nosotros, por medio de sus inspiraciones y la cooperacion de nuestra voluntad. Pues que miedo tan justo, que si nuestra voluntad no corresponde, nada importará que Dios de su parte haga: si nuestra voluntad se está terca, nada hará en ella Dios. Pero áun mas espantoso motivo hay para temer y temblar, explica nuestro insigne Cornelio, que si en el principio, que es el querer, el *velle*, no le correspondemos á Dios, ni su Magestad nos querrá corresponder para el acabar, que es el *perficere*; que si á la primera inspiracion nos resistimos á su llamamiento, se dará su Magestad por desobligado para acudirnos en lo demas con sus auxilios: *Si enim cooperari negligatis, Deus quoque vos negliget, et gratiam suam subducat; nec ulterius in vobis operabitur secundum tertium, aut quartum bonum velle, et perficere.*

Alto, pues, almas: si deseais vuestra salvacion, si en materia tan espantosa como cierta, quereis que yo os deje algun consuelo, este solo hay: temer á Dios en todo, acudir á Dios en todo, atender en todo á Dios, siempre con temor, siempre con susto: *Beatus homo qui semper est pavidus.* (*Prov. 28. v.*

14.) Dichoso aquel que siempre, siempre teme. ¡Oh, Soberano Dios de las piedades! temblando todo mi corazón, estremecido todo mi espíritu, se sujeta rendido, se postra humilde á tus inescrutables juicios. No tengo mas consuelo, que temer esa tu Magestad Suprema; pero la temo con amor de hijo, confiado en que, como generoso Leon, perdonarás á quien debajo de tu poder soberano, temblando se humilla; darás benigno tus auxilios á quien, reconocido de su nada, adora tu grandeza infinita. En tus manos, mi Dios, me arrojé todo: ¿qué mas seguridad que tu misericordia, para que yo no malogre nunca las inspiraciones y los auxilios de tu gracia?

DE LA MALICIA Y GRAVEDAD DEL PECADO MORTAL, POR
SER MUERTE DEL ALMA.

Punto señalado en la semana de la mision. Viérnes quinto de
Cuaresma, año de 1691.

*Domine veni, et vide, et lachrymatus
est Jesus. Joan: cap. 11.*

Si solo en una pérdida tal, que no se le halla otro remedio, se admite por el último alivio el llanto, la muerte de un hombre no es pérdida que merece lágrimas de un Dios. Al sepulcro de un Lázaro difunto llora hoy Cristo. Y si estas lágrimas no las mueve aquella muerte, pues que habiéndola visto antes le causó gozo: *Lazarus mortuus est, et gaudeo*; si no las excita su pérdida, pues que tiene tan en su mano restaurarlo á la vida; si no las ocasiona su lástima, pues que aún mas fácil que de sus ojos las lágrimas puede correr de solo su querer el remedio, ¿qué es lo que en Lázaro difunto, tan tiernamente nuestro Dios llora? *Et lachrymatus est Jesus*. Tres veces son con esta las que vió el mundo llorar á Dios: aquí llora sobre un hombre solo difunto: otra vez llora sobre toda una Ciudad entera: *Videns Civitatem, flevit super illam*. Y la ter-